

50  
cénts.

# MEDINA

2 de Mayo



de 1808.

La  
totalidad



de los niños sanos, robustos,  
vigorosos... recibe los **bene-  
ficios** de una alimentación  
adecuada a su organismo.  
Todos toman

Fosfatina  
**AMBRI**

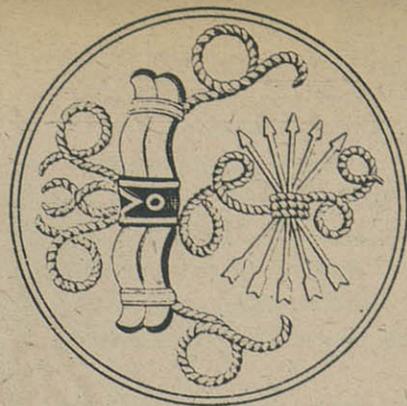


Garantía  
de salud

FÁBRICA DE PRODUCTOS ALIMENTICIOS "AMBRI" APARTADO 58. LEÓN

# MEDINA

SEMANARIO DE LA S.F.



DIRECTOR:  
CARLOS J. RUIZ

AÑO I

NUM. 7

MADRID, 1 DE MAYO DE 1941  
REDACCION Y ADMINISTRACION: ALMAGRO, 36

DEPÓSITO LEGAL

## CONSIGNA

**M**AÑANA celebramos los españoles la fiesta del 2 de mayo. Durante veinticuatro horas rendimos tributo de admiración y recuerdo a los que murieron como héroes por la independencia de España. Pero desde las columnas de MEDINA nuestro más fervoroso recuerdo ha de ir a todas aquellas mujeres que supieron vencer la comodidad de su vida para luchar, abierta y violentamente, por su patria amenazada.

En esta España prodigiosa donde tantas cosas grandes han pasado, no podía faltar el magnífico gesto de la mujer, que, poniendo su esfuerzo y heroísmo al lado del hombre, cumple la más arriesgada misión de cuantas en los últimos siglos Dios le ha deparado, y así entra de lleno, por propio merecimiento, en la historia de la más hermosa guerra peninsular. Ni los mismos granaderos, veteranos de cinco campañas victoriosas, pudieron pasear alegremente sus caballos junto al valor de nuestras mujeres.

La Sección Femenina de la Falange, que nunca ha deseado para la mujer una vocación violenta, alaba y recuerda aquel ya lejano heroísmo femenino, no por el resultado directo que tuvo, sino como ejemplo; por el valor simbólico, de altivo linaje, que llevó hasta el ánimo de todos los hombres que luchaban un mayor tesón y un más decidido afán de victoria.

Para el hombre, en toda época, es un orgullo luchar junto a la mujer, porque sabe que ésta, para combatir a su lado, ha tenido que violentar lo más íntimo de su ser, lo amable y dulce que es patrimonio de su naturaleza.

En España no será necesario nunca más el esfuerzo directo de la mujer.

Pero el recuerdo de aquellas mujeres que murieron en la guerra de la Independencia será siempre ejemplo del valor de un pueblo y de su calidad femenina.

# El VALOR FEMENINO

**N**o cabe duda que en el hombre es el valor, no ya una virtud estimable, sino el centro mismo de la constitución de su ser. Un hombre sin valor físico es siempre un tipo enfermizo y deforme, inútil por lo general, no ya en aquellos momentos en que el arrojo es directo e inmediatamente necesario, sino en todos los que precisen de una naturaleza normal y de un sano equilibrio de las facultades humanas. Algo excesivamente se ha dicho que el hombre ha vencido en su lucha a través de los siglos porque es el animal más valiente. Esto no es, claro está, absolutamente cierto. Pero sí puede decirse que sin el concurso de este valor humano no hubiera bastado la mejor inteligencia ni la mayor habilidad para dar al hombre el cetro de la tierra.

Por otra parte, en el hombre el valor es perfectamente ponderable y está claramente delimitado. Aparte de los valores morales y espirituales, de la mayor eficacia de nuestra tarea, de nuestra mejor voluntad, es necesario ser capaz de la violencia física, de la contundencia.

En la mujer todo esto aparece, sin embargo, borroso y en litigio. ¿Debe ser también la mujer capaz para la violencia? ¿Está obligada a poseer esta virtud esencial en el hombre? La historia de todos los pueblos nos habla, es cierto, de mujeres héroes a la manera masculina. Mujeres que combatieron junto al cañón, sobre el caballo o a cuchilladas entre las calles, han sido puestas como ejemplo al lado de los héroes tradicionales. ¿Es verdaderamente estimable el valor, la fiera

incluso, en la mujer, como lo es, sin duda, en el hombre? Excepcionalmente, en aquel lugar y momento en que la gravedad de las circunstancias sea tal que todo debe supeditarse a ellas, es posible que pueda borrarse fugazmente la línea que separa las virtudes de la mujer de las del hombre. Pero sólo entonces y de una manera peculiar. La verdadera misión de la mujer es crear hombres valerosos. Saber infundir en los hombres este valor que ellas ni poseen ni deben poseer, y mantener en ellos en todo momento este valor moral de la violencia física, al que ellas nunca, o casi nunca, deben llegar. A veces no bastará la persuasión que en el hombre infunde la animosa colaboración, el agradecimiento y el elogio, ni bastará tampoco el aguijón de la tirantez indefensa de la mujer que lanza al hombre al combate, precisamente en nombre de esta actitud laboriosa e inerte de sus colaboradores femeninos.

Entonces, sólo entonces, debe surgir la violencia femenina como última espuela que hunda en la carne de los atemorizados o de los cobardes el ejemplo vivísimo de una mujer sobreponiéndose a la naturaleza. Cuando la mujer cumple así, por un instante, el deber, exclusivamente masculino, de defender la especie, lo hace como cumpliendo hasta el fin su función educadora. No pensando en la eficacia directa de sus actos. Los cañonazos de Agustina de Aragón es casi seguro que se perdieron inútilmente. Ella, sin embargo, fué y es ejemplo vivo del deber de todos los hombres de nuestro pueblo.



**T**ODAS las despedidas son tristes. Entonces es cuando se habla con el corazón y las palabras salen entrecortadas como suspiros. Procura uno consolar a los circunstantes lo mejor que puede, y, por veces, una frase triunfa en el ambiente encapotado como un rayo de sol.

Así es la despedida de Jesús con sus discípulos. ¡Qué coloquios más interesantes y conmovedores! Clavados en El los ojos de todos, acecharían los rasgos más insignificantes de su serena fisonomía nublada por ráfagas de tristeza honda, y beberían sus alientos y recogerían todas sus palabras de aquellos divinos labios, eterno manantial de vida perdurable. Y después rumiarian y comentarían sus preciosas enseñanzas.

Fué en el mismo Cenáculo, nido de tiernísimos amores, después de la cena novísima. Jesús habló con el afán de un padre amoroso encariñado con sus hijos, a quienes pronto iba a abandonar, y les dijo: *Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis, porque voy a Padre.*

Los discípulos comprendieron algo, pero no todo. Las palabras enigmáticas del Salvador les reveló que se imponía una separación corta y otra más larga, y deseando esponjar sus ánimos contristados con una sonrisa de esperanza, les añadió: *En verdad, en verdad os digo: que vosotros lloraréis y gemiréis, más el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes; mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.*

*La mujer en los dolores del parto está triste, porque le vino su hora; mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo que ha nacido un hombre al mundo.*

*Pues también vosotros ahora, ciertamente, tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo.*

En tres frases llenas de sentido se resume aquí toda la historia del hombre cristiano y son una lección de sublime filosofía:

*El mundo se gozará.*

*Vosotros lloraréis y gemiréis.*

*Vuestra tristeza se convertirá en gozo... Y ninguno os quitará este gozo.*

Que el mundo goza y triunfa, ¿quién lo puede dudar? Pero es una alegría ruidosa, chabacana, más aparente que real.



## GUIA LITURGICA

- 1, jueves. — Color rojo. — Santos Felipe y Santiago, apóstoles. Misa propia. Credo: Prefacio de Apóstoles.
- 2, viernes. — Color blanco. — San Atanasio, obispo, confesor y doctor. Misa propia. Segunda Oración de Octava. Credo. Prefacio de Octava.
- 3, sábado. — Color rojo. — La Invención de la Santa Cruz. Misa propia. Segunda Oración (en las privadas sólo) de los Santos mártires Alejandro I, etc. Credo. Prefacio de la Cruz.
- 4, domingo. — Color blanco. — III después de Pascua. Misa propia. Segunda Oración de Santa Mónica. Tercera Oración de la Octava. Credo. Prefacio de Pascua.
- 5, lunes. — Color blanco. — San Pío V, papa y confesor. Misa. Statuit. Oración propia. Segunda Oración de la Octava. Credo. Prefacio de Octava.
- 6, martes. — Color rojo. — San Juan «Ante Portam Latinam». Misa propia. Segunda Oración de la Octava. Credo. Prefacio de Apóstoles.
- 7, miércoles. — Color blanco. — Octava de la solemnidad de San José. Misa de la Fiesta. Segunda Oración de San Estanislao. Credo: Prefacio propio.

## Religión

### LAS HUELLAS DEL AMADO

Es el premio de los malos y perversos en este mundo, la única recompensa a sus obras deleznable, la gratificación a sus diminutas obrillas, buenas aun en medio de sus habituales desórdenes. Y si se examinan a fondo todas esas alegrías, cuánta falsedad, cuánta mentira y, sobre todo, cuánta brevedad bajo su atractiva y engañadora cobertura. Es el acibar en copa de oro, el tedio amargo, fondo de toda vida mundana, aquel *amari aliquid* que ya expresó un poeta pagano.

Dé ahí la necesidad de aturdirse, de embrutecerse, de olvidarse, a fin de que no molesten las postraciones y los remordimientos, secuela terrible de los pecados.

Los seguidores de Jesucristo no saben de esos goces. Lágrimas y dolores son su pan cotidiano.

Sufren y lloran en esta vida, porque se percatan de que son los herederos de la cruz y van siguiendo el camino espinoso del Maestro. Sienten cómo pesa y abrumba aquel madero; pero no lo tiran ni aborrecen de él, porque desde ese momento ya no serían dignos del nombre de cristianos. Su cruz es luz que ilumina el sendero y alas que levantan a las alturas. Matar la luz o cortar las alas equivaldría a un suicidio. Y al final aguarda la victoria con sus brazos abiertos, con la corona inmarcescible de la gloria que nada ni nadie podrá arrebatarse.

Para las almas enamoradas del ideal, los sufrimientos de esta vida efímera, por muchos

y graves que sean, son como nada, y se sobrellevan con resignación y hasta gozo.

El mundo no comprenderá jamás este lenguaje de los santos cuando anhelaban «padecer o morir», «padecer y no morir», «sufrir y ser despreciado por Dios».

Y es que el amor tiene la virtud de trocar las lágrimas en exultación, las espinas en rosas, los más acerbos dolores en santas y mansas alegrías. Porque al término está Cristo y la eternidad feliz, premio de nuestros trabajos.

Con razón proclamó el Maestro bienaventurados a los pobres, a los dulces de corazón, a los que lloran, a los hambrientos y sedientos de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de alma, a los pacíficos, a los perseguidos...

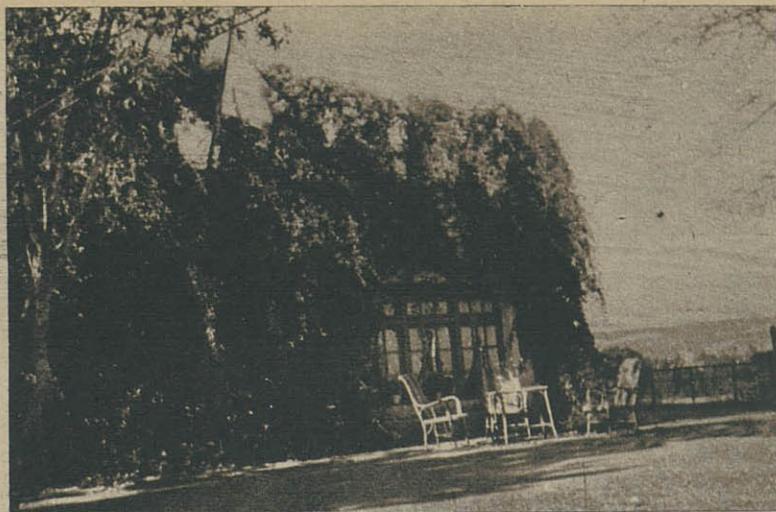
AUGUSTINUS, Pbro.

# Información de la S. F.

**REGIDURIA CENTRAL DE LA HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO.** — Organizado por esta Regiduría y bajo el patronato del Ministerio de Agricultura, Consejo de Fomento de la Seda y Estación Central Sericícola, la delegada nacional, Pilar Primo de Nivera, ha inaugurado en Murcia el segundo curso nacional de Sericultura e Industrias rurales.

Responde este cursillo al deseo de la delegada nacional de incrementar la producción del capullo de seda, contribuyendo no sólo al enriquecimiento patrio, sino con la vista fija en el bienestar de la familia campesina y la resurrección de industrias hoy olvidadas o en franco déficit.

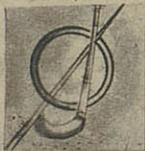
Asisten a este cursillo 35 alumnas de distintas provincias españolas de tradición sedera, que organizarán nuevos centros sericícolas en las localidades de su residencia.



Escuela Menor de Jerarquías de Logroño

**DEPARTAMENTO CENTRAL DE EDUCACION FISICA.** — En los partidos de «hockey» del Campeonato del Centro organizado por la Federación, el equipo de Castilla, formado por camaradas de la Sección Femenina de Madrid, venció al del Imperio por 2-1, y al del S. E. U., por 5-0.

Con motivo de los primeros campeonatos nacionales de esquí organizados por el S. E. U., tres camaradas de esta Sección Femenina, invitadas por la Jefatura nacional, asistieron al albergue del puerto de Navacerrada para presenciar las pruebas.



Clase de corte en un cursillo de jefes locales

**ESCUELAS DE FORMACION DE MANDOS.** — Preocupación esencial de la Sección Femenina es la capacitación perfecta de sus mandos. Para ello se van creando escuelas de Mandos menores en todas las capitales españolas. Existen actualmente en San Sebastián, Palma de Mallorca, Huesca, Zaragoza, Teruel, Santander, Burgos, Logroño, Avila, Madrid, Valladolid, Sevilla, Córdoba, Jaén, Málaga, Castellón, Alicante y Tarragona. Y en breve, en el Castillo de la Mota, se instalará la Escuela Nacional de Jerarquías de la Sección Femenina.

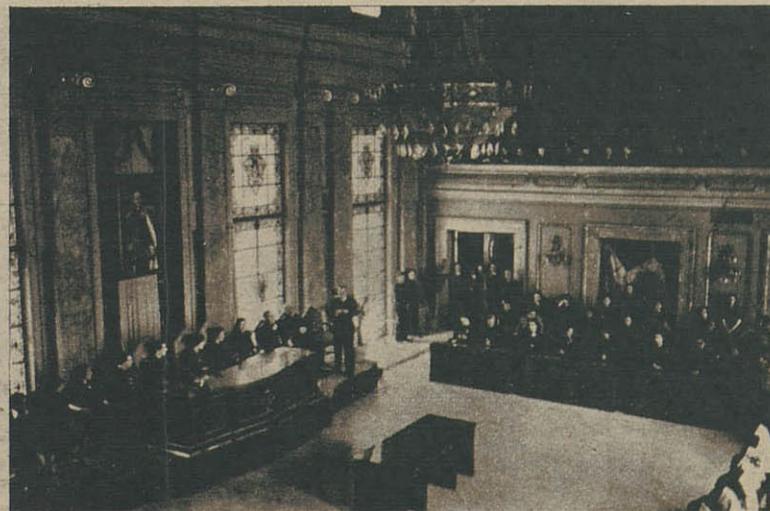
Capacitación de mandos en todas las provincias. Recientemente, nuestra delegada nacional ha asistido en Salamanca a uno de los cursos para jefes locales que allí se han celebrado.



La Delegada Nacional en Murcia, acompañada de las Jerarquías, se dirige al Ayuntamiento

**SERVICIO EXTERIOR. — INTERCAMBIO DE JUVENTUDES ALEMANAS Y ESPAÑOLAS.** — Para visitar nuestro país y estudiar la organización social de la Falange femenina, llegan hoy a España, por la frontera de Irún, diez alumnas seleccionadas de la Escuela de Mandos de Juventudes del Reich, a las órdenes de la directora de dicha Escuela y jefe de región, Luisa Michel, y de la inspectora de Juventudes, Ylona Otten. Permanecerán siete semanas en Madrid y provincias como huéspedes de la Sección Femenina.

Unos días después, doce camaradas de la Sección Femenina — regidoras de Educación Física de diversas provincias que llevan como jefe de grupo a la auxiliar central de Asesoría Jurídica — saldrán para Alemania, donde asistirán a unos cursos de Educación Física y Deportes en Stuttgart y Traunstein (Alta Baviera) y visitarán Munich y Berlín.



Aspecto del Salón de Actos del Ayuntamiento, el día de la inauguración del II Curso Nacional de Sericultura

**DIVULGACION Y ASISTENCIA SANITARIO-SOCIAL.** — Se han enviado, según sus necesidades, diferentes cantidades de insulina para las atenciones de nuestras enfermeras visitadoras, a las provincias de Bilbao, Vitoria, Tetuán, Burgos, Logroño, Soria, Avila, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, León, Salamanca, Palencia, Lugo, Sevilla, Huelva, Jaén, Málaga, Cáceres, Valencia, Alicante, Barcelona, Gerona y Murcia. Siguen celebrándose en toda España los cursos de Divulgadoras Rurales, y se han inaugurado los de preparación para enfermeras de Facultad de Medicina en Cuenca y Gerona.

Nuestras enfermeras visitadoras y divulgadoras rurales han efectuado en la última quincena de marzo 9.000 vacunas, 3.226 curas, 2.199 inyecciones, 1.550 medicamentos y socorros distribuidos.

# TAREA de la S.F.

CUANDO tuvimos noticia de esta creación de la Sección Femenina, de estas Escuelas-Hogar en las cárceles de mujeres, pensamos en hacer un reportaje, que hoy se ha cuajado, no sólo por mostrar a nuestras lectoras tan gran labor, sino para resaltar su importancia como hecho social que ha de influir considerablemente en la estructura moral de las reclusas, ya que en ellas encuentran remanso para ahuyentar el tedio de sus interminables horas de cárcel. Esto ha sabido verlo la Sección Femenina. Allí, en la cárcel de Ventas, han entrado una serie de camaradas para hacerles olvidar a las mujeres presas, por medio del trabajo y durante unas horas al día, su condición de castigadas.



Penetrar en una cárcel, aunque como esta de Ventas tenga un aspecto externo de gran hotel en cualquier avenida moderna, no es cosa fácil de lograr. Se amontonan los requisitos formando obstáculos, y puertas fuertes bien cerradas levantan una muralla casi infranqueable. Por eso hemos requerido el salvoconducto de las camaradas jefes de la Escuela-Hogar, que funciona en el interior, y hemos manipulado con el sabracadabras de nuestro título. La presencia de aquéllas y el nombre de MEDINA en los labios han obrado el encanto que, primero en forma de amable y simpatiquísimo director, y después en el de celadora impertérrita, nos ha ido abriendo el camino de obstáculos y derribando — con la maniobra sencilla de una llave — la muralla de puertas.

Un pasillo, otro y otro más de esta cárcel, construída según los últimos modelos arquitectónicos, sin que en ellos encontremos la tétrica penumbra habitual en las prisiones antiguas. Puertas enrejadas a derecha e izquierda, serias celadoras que a nuestro paso fuerzan una sonrisa y presas con cubos y escobas que nos saludan brazo en alto. Sin embargo, hay en el ambiente un no sé qué triste que no nos permite olvidar dónde estamos, aunque no se concrete claramente — lo impiden rayos de sol que entran en raudal iluminando los pasillos — si es prisión, correccional, hospital o asilo. Pero aquí se respira angustia.

Por eso es mayor la impresión que recibimos al entrar en el local de la Escuela-Hogar. El contraste que se experimenta es el mismo — pero al contrario — que hemos sentido al pasar de la calle al recinto carcelario.

Luz, mucha luz entrando por ventanas sin reja, coquetonamente adornadas con visillos y cortinas de cretona, ponen ya un grito de color que acompasa alegre con el murmullo de las conversaciones y las tímidas risas femeninas. Nos parece habernos «colado» en un taller de modistas, en tanto alguna mujer de nuestra familia quedó en el salón probándose incansablemente vestidos y sombreros. Corros de mujeres de todas las edades, sentadas en las clásicas sillas bajas de la costura, trabajan con la mayor naturalidad al tiempo que conversan entre sí o con las camaradas que dirigen su labor.

Nuestro asombro nos hace exclamar, dirigiéndonos a la camarada jefe de la Escuela, que nos acompaña;

— ¡Es maravilloso lo que habéis conseguido!

— Sí; estas mujeres — nos contesta — olvidan aquí sus penas, y con nuestra cordialidad, pues para ellas somos unas compañeras más, las vamos ganando para España, al tiempo que les enseñamos algo útil. Muchas de ellas no sabían coger una aguja al entrar aquí.

En seguida ha saltado a nuestros oídos el comentario femenino de nuestra presencia.



—¿Se llevan ahora los cuellos altos? — pregunta una chica guapa y joven a una camarada falangista que está próxima a ella.

Seguimos hacia dentro, pasando por el taller de plancha, y entramos en la sala de corte. Los preparativos del fotógrafo arman el consiguiente revuelo.

Todas se arreglan el cabello con las manos, se estiran la pechera y espían la dirección del objetivo para situarse frente a él. Sólo una permanece impassible y en actitud ruborosa en el sitio en que se encontraba.

—Es poetisa — nos aclaran —. Está haciendo un libro de poemas, que dedica al capellán.

—Oiga, joven — me dice una mujer como de cincuenta años —, yo quiero salir en la foto para que me vean los de mi familia.

—Naturalmente que va usted a salir; pero, a cambio, me tiene que explicar el trabajo que hacen aquí.

—Mire: en esta sala fabricamos juguetes de trapo, unos con algún fin práctico, como casitas que son cajas, muñecas que en su falda son bolsas de costura, prendedores, y otros exclusivamente para jugar. Mire este elefante qué salado, y aquel perro, y ese paleta con su borriquillo...

—Pero usted tiene en la mano algo que no es nada de esto.

—Sí, yo estoy especializada en zapatillas. Soy la que les da los últimos toques para que queden listas.

Nos damos cuenta en este momento de que la estancia está adornada por todas partes con tiestos y flores.

—¿Quién las cuida?

—Ellas — nos dice la jefe —. Todo lo que aquí se hace está llevado por ellas bajo nuestra dirección.

Unas cuantas placas, nuevo paso por el taller de plancha y otra vez en el primer salón, donde nos acercamos a un corro.

—¿Estáis contentas de la Escuela-Hogar?

—No se notaría la prisión si fuera esto todo el día.

La que nos contesta hace labores de punto mientras nos habla.

—Es un chacha haciendo punto — nos dicen.

—Llevo inventadas veinte labores diferentes.

—Mándenlas usted para nuestra sección de labores.

—No; no quiero que se divulguen, porque es la única coquetería que puedo usar aquí dentro. Soy la que impone la moda de los puntos, y además tengo la satisfacción de ser única, porque no me la saben copiar.

Salta a nuestros labios la frase cursi de «¡Al fin, mujer!»; pero nos la contenemos, y dejamos a esta Eugenia de Montijo, carcelaria, con su ilusión de árbitro de la moda.

Más placas, tiradas por el fotógrafo, y la hora de comer. Nos despedimos de ellas según van saliendo en fila. En sus rostros notamos el agradecimiento; hemos puesto una ráfaga de vida urbana en la suya de reclusas.

Otra vez los pasillos, las celadoras, las puertas, la calle..., y un golpe de viento fuerte nos arrebató de la mano las cuartillas en que anotamos algunos detalles...

Péro estaba seguro de no olvidar nada de esta obra magnífica de la Sección Femenina.

JULIO SANZ





# Mujeres en la HISTORIA

La mujer española, en la Guerra de la Independencia

Agustina de Aragón, la condesa de Bureta y Casta Alvarez

**P**UEBLO es España que ha prodigado con gloria el heroísmo de sus mujeres. Pero en ninguna ocasión con más altura y magnificencia que en la gesta de 1808.

¿Quién no ha oído hablar de Manolita Malasaña, la muchachita madrileña que, defendiendo heroicamente su dignidad de española herida en el amor patrio, cayó víctima de la vesania de un coracero gabacho en su barrio, el típico Maravillas? ¿Y Clara del Rey, quien con muestras de una gran entereza de ánimo y sangre fría exaltaba con su palabra a su esposo y sus tres hijos, combatientes a su lado, mientras ayudaba al servicio de los cañones, hasta que un casco de granada la hizo mártir de la sagrada causa nacional? ¿Y Manuela Sancho, en Zaragoza, defendiendo el fortín de San José con un mortero, como hacerlo pudiera el más experto y bravo soldado? ¿Y Josefa Vicente, y Estefanía Loycer, y Benita Pastrana...?

Hay, sin embargo, tres nombres que son un hito señero en la epopeya de 1808. Son Agustina de Aragón, la condesa de Bureta y Casta Alvarez.

Agustina Zaragoza y Doménech, más conocida con el nombre de Agustina de Aragón, era una guapa mujer, hija del pueblo, que contribuía como tantas más a llevar provisiones a los defensores del Portillo, en Zaragoza. Era tan dura la embestida del enemigo, que murieron todos los artilleros que defendían estratégicamente una batería exterior, abatiéndose el ánimo de los restantes defensores ante el peligro que se avecinaba. Corrió Agustina al peligroso punto desguarnecido y, arrancando la encendida mecha de la mano de un artillero moribundo, puso fuego a una pieza, resolviendo briosamente a no abandonarla hasta vencer o morir. Su actitud imprimió tal arrojo en los abatidos espíritus de los defensores, que se renovó el fuego. Ante hecho tan inmortal, Palafox—encarnación viva de la Patria—la premió con el grado de oficial del Ejército.

Mujer de rancia estirpe noble era doña María de la Consolación Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta, quien ajena por su estado social al duro ajetreo de las penalidades bélicas, sintió hervir en su pecho el entusiasmo de la causa española con tal brío y arrojo, que después de poner incondicionalmente toda su fortuna a disposición del defensor de la plaza, el siempre heroico general Palafox, se echó a la calle para combatir personalmente al enemigo y animar a todos con su ejemplo valeroso. Así estuvo durante el sitio de la inmortal ciudad, exponiendo en diarias actuaciones su vida, y al tomarla las tropas napoleónicas, marchó con su esposo a Cádiz. En 1814 volvió a la ciudad heroica para morir entre el pueblo al que defendió.

Casta Alvarez era también una vecina de la capital del Ebro que, consciente de su misión como mujer española, se dispuso inmediatamente a servir a la Patria. Y allí, en aquella ciudad que parecía un volcán de heroísmos, donde cada edificio era una inexpugnable fortaleza y donde palmo a palmo defendían el suelo los zaragozanos, ella iba por doquier con una bayoneta de un soldado colocada sobre un palo de escoba. Y bizarramente sufría la incomodidad del mixto artefacto, haciendo de él todo un símbolo en aquellos angustiados instantes del sitio! Ella alentaba a los soldados, ella les proveía de municiones, recogía los heridos, y bien fijo que diera algún que otro machetazo con su improvisada bayoneta, pues el coraje y la animosidad digna que la encendían sus amores por España habían de tener cuerpo en que descargar.

JOSE ALTABELLA

# ALMA y LUGAR

## DOCUMENTOS DEL DOS DE MAYO

Manifiesto del Alcalde de Móstoles

**S**EÑORES Justicias de los pueblos a quienes se presentase este oficio, de mí, el Alcalde de Móstoles:

Es notorio que los franceses, apostados en las cercanías de Madrid y dentro de la Corte, han tomado la defensa sobre este pueblo capital y las tropas españolas; de manera que en Madrid está corriendo a esta hora mucha sangre. Como españoles, es necesario que muramos por el Rey y por la Patria, armándonos contra unos pérfidos que, so color de amistad y alianza, nos quieren imponer un pesado yugo, después de haberse apoderado de la augusta persona del Rey; procedámos, pues, a tomar las activas providencias para escarmentar tanta perfidia, acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos, y alentándonos, pues no hay fuerzas que prevalezcan contra quien es leal y valiente, como los españoles lo son. Dios guarde a usted muchos años. Móstoles, 2 de mayo de 1808.—Andrés Torrejón.—Simón Hernández.

Oficio cursado a los pueblos de sus alrededores por don Pedro Pérez de la Mula, Teniente Corregidor de Talavera, después de recibir el manifiesto del Alcalde de Móstoles

Licenciado D. Pedro Pérez de la Mula, Abogado de los reales Consejos, Teniente Corregidor por S. M. de esta villa de Talavera y su tierra:

Hago saver a las Justicias de los Pueblos de este partido que por el Sor. Alcalde maior de la villa de Navalcarnero con fha de hayer se me a remitido un pliego con posta noticiandome haver un grande alboroto en la Corte y que la tropa francesa y española y el Pueblo se estan vatiendo para que tomase todas las medidas de precaucion que estimase conducentes, y que las tropas que haya en esta villa y demás que fuese posible pasasen de costado a la defensa de la Patria; Encuia vista inmediateam.te e dado las disposiciones conducentes para que salgan los regim.tos que hay en esta de Caballeria e Infanteria, asi como los paisanos que voluntariam.te se van alistando, y deseando que todos Pueblos del Partido ocurran a la defensa de la Patria, e tenido por conveniente de librar la presente a fin de que se dispongan y presenten todos los Hombres que quieran alistarse como amantes al Rey y a la Patria para su defensa, concurriendo inmediateam.te a reunirse en esta Capital, aprontando los Pudientes las Sumas mrs para mantenim.to de hombres, para que de este modo muchos que de por si no pudiesen sobstenerse se presenten a ello asi como se está practicando en esta villa. Dado en Talavera a 2 de mayo de mil ochoz.s ocho.—Lic.do Dn Pedro Pérez de la Mula.—Por su mdo Franco Montemaior Córdoba.



# ARTE

## Francisco de Goya y el Dos de Mayo de 1808

EL Dos de Mayo de 1808 es para los españoles fecha de indeleble recuerdo.

Desde el advenimiento de Don Felipe V al trono de España, el destino ibérico estaba encajado en la órbita francesa; pero cuando más intensa era en Europa la influencia ejercida desde el campo ideológico por el espíritu de la Revolución, y en el militar, por el genio del corso, nuestro pueblo, deshecho por el mal gobierno de sus mediocres reyes, y a pesar de la traición de éstos, se alza como un solo hombre por su independencia.

En el Museo del Prado existe un cuadro que, más que cualquier explicación, revela al espectador el espíritu del pueblo madrileño el día en que éste, viendo consumada su desdicha, opta por atacar con todas las armas, de la tijera de la bordadora al trabuco naranjero, las aguerridas tropas napoleónicas.

En los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío, Francisco de Goya ha pintado el horror de la represión extranjera, la desesperación del majo a punto de morir, con la angustia del que lucha sin esperanza y sabe que su esfuerzo no está conectado con el del resto del pueblo, del que muere, porque es esto mejor que vivir con vilipendio. Seguramente no esperaba que la sangre de los mártires madrileños fuese fecunda y que la resistencia se organizase en toda la Península.

Una vez más fue nuestra Patria campo de batalla y escenario de heroicos sacrificios; una vez más en nuestra tierra fervorosa se jugó la suerte de Europa. Pero el muchacho crucificado delante de los fusiles franceses tampoco suponía que, como entonces, muchos años más tarde, Madrid, por obra y gracia de extranjeros también, y de los que no todos venían de lejos, vió

escenas de parecido horror.

Francisco de Goya, hombre de dimensión inapreciable, alcanzó un crítico momento. España tuvo que combatir duramente; pero siempre el fruto de la victoria fué estéril. La guerra de la Independencia fué sólo tránsito del débil y abúlico reinado de Carlos IV al del inefable Fernando VII, y así el artista, para quien vivir era pintar, para quien la existencia era verter en lienzos las imágenes que sus ojos contemplaban, hubo de legarnos esa maestra colección de retratos en que aparece implacable la fisonomía espiritual de cada príncipe o cortesano, donde copia el perfil interior de cada personaje de tal forma, que puede pensarse si era posible que los modelos no sintieran, como el hombre en el Génesis, vergüenza de su propia desnudez. Parece ser que no fué así; prueba de

ello, las infinitas pruebas de consideración que Goya recibió de aquella sociedad.

Es difícil, en mi interpretación de aquello en que el genio consiste, atribuir esta condición a cualquiera. Pienso que sólo puede llamarse tal el que introduce en la técnica de la actividad a que dedica su existencia tan hondas transformaciones, que casi no puede considerarse su obra consecuencia de lo anterior. También es aquel cuya visión es tan aguda, que donde los demás cesan de conocer, él arranca.

Francisco de Goya participa de la genialidad, porque casi, a fuerza de serlo, no es humano. La imaginación fabulosa que indican los *Caprichos* es algo inconcebible en alguien cuya mentalidad esté construída como la del resto de los hombres. Su técnica pictórica, la violencia revolucionaria del color de su paleta y la firme y audaz línea de su pincel son claro indicio de que en su cerebro existía una aptitud especial desconocida en aquel entonces.

Frente a la almibarada manera de los pintores de la última mitad del siglo XVIII, el baturro irrumpe como una tromba, deshaciendo relamidos retratos de empelucadas duquesas y blandos amorcillos de nacaradas carnes. El Triánón, con sus granjas, donde jugaban a ser pastoras las reinas de Francia, en egoísta deformación de la realidad, que a una sensibilidad honrada no podía producir sino repugnancia, había muerto para siempre; pero quedaba todavía una errónea y definitivamente gastada interpretación de la vida en el arte. Los pintores, incluso



los que se formaron durante el período revolucionario, no habían sido capaces de liquidar la tradición de formas superadas. Es preciso que salga de Fuentetodos la pintura llena de ímpetu y de innovaciones plásticas de Francisco de Goya; así, perdido el dolor que necesariamente debe ocasionar la creación artística, y caída ésta en amanerada y fácil técnica, era necesaria la pasión y la íntima congoja de un hombre que, como su pueblo, vivió desgarrado por su propia alma.—E. de L.





El día primero de mayo, el ejército invasor desfiló ostentosamente por las calles de Madrid. Al frente de las tropas, Murat. De la multitud salían silbidos e imprecaciones. Al llegar a la calle de Cofreros, un pedazo de ladrillo estrellóse en la redonda grupa del soberbio alazán que Murat cabalgaba. El caballo se espantó iniciando el galopé, y el jinete, prudente, picó espuelas acelerando el ritmo de la formación.

La manolera interpretó el gesto a su manera y arreció en los silbidos y denuestos. Para que todo fuera completo, la multitud descubrió el coche viejo y desvencijado del infante don Antonio, que, obligado por el desfile, aun más despacio que de costumbre, venía unos cientos de metros detrás de los últimos soldados. Casi en vilo, entre incasantes aclamaciones, le acompañó hasta Palacio. Y aun tuvieron humor para desfilarse amenazantes frente a la residencia de Murat: ¡Viva España! ¡Viva el rey Fernando! ¡Viva la Virgen de Atocha!

La guardia no les decía nada. Y por los pasillos de Palacio se veían gentes que fisgaban acá y allá, escuchaban tras de las puertas, seguían o interrogaban a los correos. Entre unos y otros brujuleaba un personaje, que después dió mucho que hablar, tan avisado y astuto, que antes de la llegada de Daoiz y Velarde al Parque de Artillería, ya había inspeccionado los almacenes, distribuido municiones y emplazado gente: era de origen holandés y se llamaba Juan Van Halem.

Botillería de Geneys — dos habitaciones en la fonda —. Un candel central de diez pabilos y candelones en la pared que decoran cuadros con pastorelas. En un rincón, al fondo, una estatua de yeso mutilada. Tres oficiales franceses comentan a voces los sucesos del día con frases poco gratas para el pueblo español. Tres oficiales españoles: Daoiz, Cónsul y Córdoba, replican cumplidamente. Se concierta el duelo. Intervienen unos señores amables y conciliadores que aquietan los ánimos. Fué una lástima, porque los militares españoles eran habilísimos esgrimidores.

Fuera, la noche tibia de mayo ha echado a la calle las primeras rondallas de guitarras y bandurrias. Una voz canta la copla ya popular:

Dicen que el señor Murat está acostumbreado al fuego. ¡Digo si tendrá costumbre el que antes fué cocinero!

—¡Vasallos, a las armas! ¡Que se llevan al Infante! — gritó el gentilhomme, hiposo y con los brazos aspados, desde el balcón de Palacio.

No había entonces mucha gente en la plaza. Cuando minutos después se asomaba el Infante don Francisco, pálido y lloriqueando, en la calle no cabía un alma.

Pero ya lejano se oía el rodar de los cañones de la Guardia Imperial.

¡Los mamelucos! Bajo el turbante, los ojos oblicuos, los bigotes lacios, la expresión fría. En la cintura, todo un arsenal: varias bocas — cinco, siete — de fuego; alfanjes cortos y corvos; yataganes; cuchillos de doble filo. Así los vió Goya.

Los chisperos no tuvieron tiempo de reparar en ello. Como sacos — que tales parecían con los anchos calzones — los volteaban, saltando ágilmente — gatos — hasta la grupa.

Nadie recordaba que Madrid tenía entonces 160.000 almas y que el invasor contaba dentro de la capital con unos 10.000 hombres irreprochablemente armados, más 20.000 en los acantonamientos cercanos. A los primeros chispazos surgieron lugares de reclutamiento, como si posible fuese una lucha larga: en la hostería de la plaza de Matute, de don José Fernández Villamil; en la botillería que en la Carrera de San Jerónimo tenía don José Rodríguez; en casa del médico de la Real familia, don José Albarán, que vivía en la calle Ancha de San Bernardo. Los catalanes se alistaban en el domicilio de don Andrés Rovira. En estos trabajos distinguíase notablemente el sacerdote don Cayetano Miguel Manchón.

Ellos se llamaban: Murat, Grouchy, Caulaincourt, Guillot, D'Aubray, Dupont, Lagrange, Lefranc, La Riboussiere, Daumesnil, Valence... Eran la Guardia Imperial, el batallón de Wetsfalia... ¡Los vencedores en Jena, las Pirámides, Austerlitz!...

Nosotros nos llamábamos Daoiz, Velarde, Ruiz, Navarro Falcón, Arango y algunos pocos más. Y muchos corazones. Pero nos bastaba.

No faltó, ¡cómo había de faltar!, la traición y doblez de los viejos políticos reco-

# Estampas del MAYO azul

riendo las calles, llamando a las gentes a lo que ellos denominaban el orden y la cordura. Los ministros Azanza — ¡qué recuerdo su fonética! —, O'Farril, entonces ministro de la Guerra, dedicáronse en aquella gloriosa mañana de corazones al rojo a esta moderada labor. No nos extraña: nuestra generación sabe algo de eso.

El palacio del duque de Monteleón, donde hacía poco se había instalado el Parque de Artillería, era cualquier cosa menos un edificio militar: ni muro, ni foso, ni barda siquiera. Sólo una tapia alta y débil al medio día, donde se abría la puerta principal en alineación con las calles de San Miguel y de San José, hoy Velarde. La observación no podía practicarse desde el edificio, sino por unas pocas ventanas del piso superior, que dominaban, por encima de la tapia, un pequeño espacio de la calle de San José. Vigías y centinelas tenían que situarse por ello en las casas contiguas o a pecho descubierta. Y por si fuera poco, un extenso cardizal colindante con la parte postrera del edificio y los jardines que dominaba el abigarrado conjunto de construcciones integrantes del Parque y las calles adyacentes.

Aun diezmados y sin municiones, los supervivientes de la heroica defensa del Parque se disponían a resistir como fuese. El bloque compacto de las filas francesas — *en avant! en avant!* — avanzaba, paso a paso, terreno. Estaban a pocos metros de la primera línea española; del cañón — uno de los cuatro que se habían lanzado a la calle — donde, herido en una pierna, se apoyaba Daoiz para no caer. Al frente de las tropas atacantes venía el general Lagrange que en la lucha había perdido su caballo. El marqués de San Simón, capitán general del Ejército español, que tras las vidrieras del balcón había presenciado la gesta, se echó a la calle, interponiéndose entre los contendientes para evitar una última y terrible carnicería. El general francés, aprovechando aquellos instantes, acercóse a Daoiz vociferando y aun amenazándole con su bastón de mando. Ante la burda ofensa, el héroe lanzóse contra él desnuda la espada, llegando a inferirle varias heridas.

—*Granadiers! Secours a votre general!* Y mientras Daoiz, diestro esgrimidor, contendía con los edecanes del general, un granadero le hundió la bayoneta por la espalda. Fué conducido al interior del Parque. Un médico francés, maravillado del valor español, prestóle los primeros auxilios. Todo era inútil.

Acomodado en unas improvisadas parihuelas se le intentó conducir a casa de su amigo Novella, que vivía en el número 12 de la calle de la Ternería. Su gravedad era tal, que hubo que hacer alto en la casa del marqués de Mejorada, de la calle Ancha de San Bernardo, donde fray Andrés Cano le confesó. Pero aun pudo llegar con vida a casa de Novella, falleciendo rodeado de sus compañeros Osma, Vargas, González y Almillá.

Velarde había sido muerto, en el último ataque al Parque, de un balazo en el corazón.

Noche del Dos de Mayo. La cripta de la iglesia de San Martín. En dos féretros, los cuerpos de los héroes. El de Daoiz, con el uniforme azul de Artillería. Al de Velarde, que, profanado por el invasor llegó desnudo, cubierto con un lienzo, se le ha amortajado con el hábito de San Francisco.

Sigilosamente entran y salen gentes de todas clases sociales. Medroso, el párroco va de unos a otros persuadiéndoles de lo estéril y peligroso del velatorio. Un chispero vigila. Fuera suenan las descargas.

El convento de Carmelitas Recoletas, llamado de Maravillas, en la acera de San José, frontero al Parque de Artillería. Los cañones han dejado sin cristales el edificio. Las habitaciones exteriores, mordidas por los proyectiles, han sido abandonadas. En las habitaciones interiores se ha instalado un hospital de sangre. Bajo las balas, el capellán, ayudado de algunos paisanos, recoge a los heridos sin distinción de bandos.

Entre las religiosas del convento — catorce de coro y cinco de velo blanco — hay una de nacionalidad francesa: sor Pelagia Revut. Un herido joven, casi un niño, agoniza:

Mére! Ma mére!, musitan sus labios, ya fríos.

Y los pálidos labios de sor Pelagia llevan al agonizante la ilusión del beso que su madre no le podrá dar.

El conde de Montholon manda uno de los batallones franceses. El batallón ha llegado hasta las mismas puertas del Parque. Un capitán de voluntarios del Estado, agitando un pañuelo blanco, consigue llegar hasta Daoiz, suspendiendo momentáneamente la lucha. Es portador de una orden del Gobierno dirigida al jefe de la fuerza española exigiéndole la inmediata rendición. Pero la inspiración popular, musa del día, decidió una vez más. El chispero Antonio Gómez Mosquera derriba de un empujón al francés más próximo y al grito de ¡Viva Fernando VIII!, aplica la mecha al cañón. Y el conde de Montholon ha de retirarse con sus filas diezmadas.

Este conde de Montholon, delicado espíritu caballeresco, que celebra públicamente el valor de los españoles y lamenta las muertes de Daoiz y Velarde con frases de una auténtica emoción, acompañó a Napoleón en su destierro de Santa Elena hasta el último momento, lo que le dió materia para su *Recits de la captivité*. Y pensamos en las horas interminables del exilio, en sus conversaciones con el destronado emperador y en la obligada evocación en aquellos instantes

sinceros de las heroicas figuras del Dos de Mayo madrileño ante el ambicioso causante de la inmortal epopeya.

Pero al fin la halló. Sólo fueron unas horas.

Noventa y un presos había en la cárcel de Casa y Corte. Cincuenta y tres pidieron se les diese libertad para salir a la calle para cumplir con su deber de españoles. Al día siguiente, cincuenta y uno se reintegraban a su castigo. Dos de ellos ya no lo necesitaban.

Aunque sólo tenía cinco años, Mesonero Romanos — nos lo cuenta en sus *Memorias de un selenón* — fué una víctima más de aquel día. Por enterarse de lo que en la calle pasaba, se hirió con los hierros del balcón en una pierna, herida que le dejó una indeleble cicatriz.

Don Ramón de la Cruz distinguióse exaltando a la gente, incitando a la lucha, recorriendo incansable en compañía de su hijo, que luego había de ofrendar su vida a la Patria, calles y plazuelas.

¡Las mujeres del Dos de Mayo!

En la Puerta de Toledo, las majas del barrio de a Paloma, plazuela de la Cebada y el Rastro, resistieron bravamente el ataque furioso de los coraceros de Caulincourt. ¡El navajazo al vientre del caballo, y después, a brazo partido en el suelo con el jinete caído, hasta hundir el arma por las sisas de la coraza buscando el corazón!

Pero ¡cuántos bellos nombres de mujeres jóvenes en las fúnebres estadísticas parroquiales de aquellos barrios, ordenadas para el cómputo de víctimas!

¡Oh, aquella moza manchega que abolió con la eficacia de un tiesto lanzado certeramente por sus robustos brazos el empaque del heroico general Legrand, paje del Emperador!

Su padre estaba allí y allí estaba ella. Le llevaba las municiones en la falda con la misma delicadeza que si fuesen rosas.

Y tuvo su padre que dejar la defensa para llevarla, como una flor tronchada, roja la sien, a su casa, en la cercana calle de San Andrés.

Tenía diecisiete años. Se llamaba Manuela Malasaña.

Su novio, el novio de Benita Pastrana, quedó allí, boca abajo, en la puerta misma del Parque.

¡Cuánto tardaba la muerte en encontrarla!

«... serán arcabuceados.» ¡El terrible bando de Grouchy!

Ni una sola luz en las casas. En las calles, las voces de la soldadesca en torno a las hogueras. Y el sonar de las descargas en la angustia de la noche inacabable.

Muchas de estas descargas, leemos, se hacían para amedrentar a la población. Pero las tapias de San Ginés, la Moncloa, el paseo del Prado, la Montaña del Príncipe Pío...

De una de las cartas de José Blas Molina Soriano, maestro cerrajero que tan importante papel como agitador desempeñó en aquel memorable día, dirigida a Fernando VII relatándole los sucesos acaecidos:

«... me bajé entonces hacia la fuente de Neptuno, y vi bajar, para fusilarlos, cuatro esquiladores, que, ocupados toda la mañana en esquilarse mulas y hacer crines a los mismos caballos franceses del Retiro, salían ya con sus tijeras, para retirarse a sus casas. Otros muchos vi fusilar, entre los cuales conocí a uno del comercio, y otro, Bernardo Morales, maestro cerrajero, que vivió en la plazuela del Duque de Alba, porque le hallaron encima un cuchillo de monte.»

Muchos de los soldados franceses salvaron sus vidas entregando las armas, y Napoleón, enterado del hecho, dictó una orden por la que se les obligaba a portar cañas en las formaciones, sustituyendo a los fusiles perdidos, hasta que virilmente hubiesen conquistado al enemigo el arma depuesta.

Hubo que derogar la orden por falta de cañas.

Mientras tanto, en Bayona...

«Príncipe: Es preciso decidir entre la muerte o la renuncia.»

El príncipe Fernando decidió, y ya sabemos cómo.

Cuando esto sucedía, los madrileños — era el 5 de mayo — se habían decidido también. Pero Madrid no era Bayona.

Luego vinieron las coronas de cantos patrióticos, los discursos, las estatuas, los obeliscos. ¡Eso fué lo peor!

MARIO COLOMA

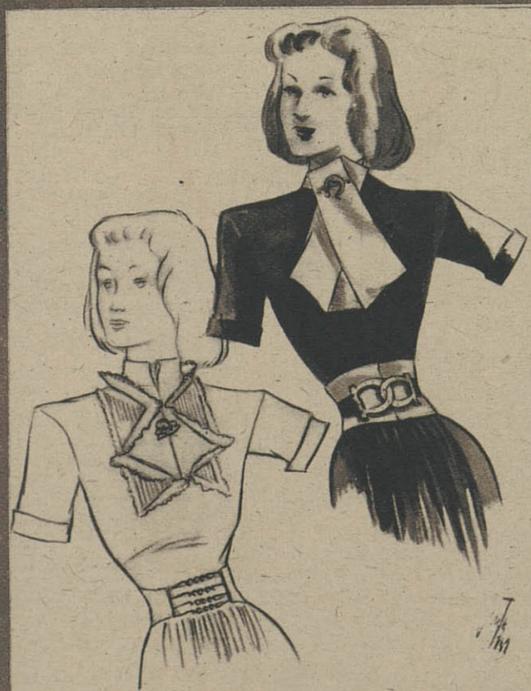


Es importantísimo para la perfecta elegancia de la mujer, para bien vestida, saber cuidar del pequeño detalle, de los pequeños accesorios. Sin embargo, hay muchas mujeres que se empeñan en no conceder ninguna importancia a este renglón, y así vemos por ahí tantas combinaciones absurdas y disparatadas. ¡Cuántos trajes que podrían ser bonitos y elegantes están malogrados gracias a un detalle poco gracioso, a un toquecito de mal gusto! ¡Cuántas mujeres dan la sensación de que no se saben vestir, de cursis, por no prestar atención a su bufanda, su bolsillo o al insignificante clip que llevan como adorno!

Tratemos de subsanar estos errores, y procuremos elegir nuestros pañuelos, nuestras blusas, nuestros cinturones, etc., todo lo que completa nuestro atavío, con gran discreción, con gran mimo. Precisamente la moda nos presenta esta temporada un variadísimo surtido en toda clase de fantasías capaces de satisfacer todos los gustos, por difíciles que éstos sean.

Junto a las vaporosas horreras de encaje y puntillas, que adornan por sí solas un traje sencillo, tenemos los cuellos y puños de piqué blanco o de bordado, tan favorecedores, tan alegres; las corbatas plastrón, hechas en faya, glase o cualquier otra seda tierna, y siempre en colores, a poder ser, combinados con el sombrero o los guantes, siendo uno de los que más aceptación tienen en estos momentos el «rojo marrón», color que, a pesar de su nombre, no tiene nada de aparatoso, ya que es un rojo bastante apagado con un ligerísimo matiz marrón. Hemos visto un conjunto de sombrero, corbata, guantes y bolsillo en este color, que, acompañando a un traje gris o negro, es un verdadero acierto.

Para los trajes de sport, los pañuelos de seda con flores han cedido su puesto a originalísimos estampados con números, letras, marcas de automóvil, proverbios, etc. Nuestro dibujante os ofrece aquí una pequeña selección de cuanto os decimos, todo ello dentro de los dictados más avanzados de la moda y de un buen gusto y originalidad indiscutibles.—P.



# La Abuela

Barbo Delavrancea (rumano)

**L**A veo como en un sueño. Y la veo tal como era: alta, delgada, los cabellos blancos y rizados, los ojos color de avellana, la boca fruncida, esculpido el labio superior...

Abría la puerta, y todos corríamos a su encuentro. Ella, entonces colocaba dulcemente la mano sobre el pecho y me decía:

- ¡Adivinal
- ¿Avellanas?
- No.
- ¿Pasas?
- No.
- ¿Garbanzos?
- No.
- ¿Pan dulce?
- No.

Y hasta que acertaba no retiraba la mano del saco.

Siempre traía alguna cosa. Le besábamos la mano, y ella me separaba los cabellos, abrazándome por la cabeza. Después nos íbamos a la sombra del moral, al fondo del jardín.

Fijaba su rueca, cargada de lino, en la cintura, y comenzaba a estirar y retorcer un largo hilo fino.

Yo me echaba de espaldas y dejaba caer perezosamente mi cabeza en su regazo.

El huso runroneaba en mi oído. Yo miraba el cielo entre las hojas del moral. Me parecía que de la bóveda se desprendía una lluvia azul.

—Y ahora, ¿qué quieres?—decía la abuela.

Su sonrisa me emocionaba hasta la raíz del cabello.

—Cuenta...

Nunca podía terminar el cuento. Su voz, dulce y débil, parecía mecarme; mis párpados se cerraban y yo me iba adormeciendo. A veces, brusco, me estremecía, haciéndole extrañas preguntas. Ella contestaba y yo continuaba soñando.

- Había una vez un gran emperador...
- ¿Cómo era de grande?
- Muy grande. Todo en él era grande.

Amaba a la emperatriz, su mujer, como a los ojos de su cara. Pero no tenía hijos y se lamentaba de ello; dolíale tanto no tener hijos...

—Abuela, ¿es tan malo no tener hijos?

—Naturalmente que es malo; una casa sin niños es una casa desierta.

—Abuela, yo no tengo niños y no lo siento...

Dejaba caer el huso y se echaba a reír; después, apartando en dos mis rizados cabellos, abrazaba mi cabeza.

Algunas hojas desprendidas de las ramas caían dando vueltas. Yo las seguía con los ojos y repetía:

—Cuenta, abuela, cuenta.

—Y como te iba diciendo, le dolía mucho no tener niños... Un día vió venir hacia él un viejo tan viejo, que la barba le arrastraba. Era también jorobado y pequeño, tan pequeño...

—¿Cómo era de pequeño?

—¿Cómo? Pues como tú.

—Entonces no era tan pequeño, tan pequeño...

—Era pequeñito, pero no tanto. Así que llegó, dijo: «Vuestra majestad tiene dos perales juntos en su jardín, tan cercanos, que no se distinguen las ramas de cada uno. Cuando florecen, no se sabe cuáles son las flores del uno y las flores del otro. Estos dos perales dan hojas, florecen, pierden sus flores; pero nunca dan fruto. Y sabed, majestad, que cuando estos dos perales tengan fruto, la emperatriz alumbrará un niño como el oro... El enano se fué, y el emperador corrió al jardín buscando afanosamente hasta descubrir los dos perales. En efecto, habían perdido sus flores, que bajo las ramas fingían la nieve; pero no tenían fruto.

—¿Y por qué no tenían fruto?

—Yo qué sé... Sólo Dios lo sabe.

Hacía tanto calor y tan bueno en el regazo de mi abuela... La brisa me refrescaba la frente... Las nubes blancas se deslizaban sobre el cielo azul... Me cerraba los ojos...

Y ella contaba, contaba siempre, retorciendo, rápida y ligera, el largo hilo del huso de lino.

—Y el emperador reflexionó sobre qué podía hacer para que los perales diesen fruto. Algunos le aconsejaron regarlos constantemente, y él los regó sin cesar. Otros decían era preciso tuvieran más sol. Y el emperador hizo cortar los árboles que había en torno para que los perales tuvieran sol de la mañana y de la tarde. Los perales florecían cada semana, pero sus flores se perdían sin cuajar el fruto. Un día llegó a palacio una viejecita, tan vieja y arrugada como yo y pequeña, tan pequeña como tú...

—¿Tan pequeña como el viejo chepudo?

—Sí, como él.

—Entonces no era tan pequeña...

—No, no era tan pequeña. Y dijo al emperador: Majestad, los perales no tendrán fruto hasta que no hayáis regado sus raíces con el jugo que custodia el Hada de las flores, que duerme allá en el Valle de las Lágrimas, sobre un campo de camomila y muguet. Pero tened bien presente que las flores oscilarán, inclinándose hasta tocar las mejillas del Hada, y despertándola, porque tiene el sueño más ligero que un pájaro, si advierte vuestra presencia... ¡Desgraciado, imprudente! El Hada le transformará, según su capricho, en punzante hierba mala o en olorosa flor, y no podrá salir nunca del jardín.

—Pero ¿te has dormido ya?

Yo me estremecía:

—No, no; sé dónde estábamos... En el Hada de las flores... Yo te seguía a través de mi sueño.

Y era dichoso, porque la abuela no me había sorprendido.

Los párpados se me caían, pesados de sueño y de contento. Me sentía ligero como una pluma, flotando sobre un agua que corría lentamente, muy lentamente, muy dulcemente...

Y la abuela hilaba, hilaba sin cesar, y el huso runroneaba, runroneaba a mi oído como un abejerro, como un saltamonte, como esos cantos de la hierba en medio de la cual me había dormido tantas veces.

—Y el emperador montó en su mejor caballo...

—¿El mejor?—repetía, temiendo que el sueño me sorprendiese de nuevo.

—... llenó un saco de provisiones y partió...

—Y partió...

—Y caminaba, caminaba...

—Caminaba, caminaba...

—Hasta que llegó a un bosque muy grande y oscuro... Tan oscuro, que la mirada no podía sondearle. Una vez en el bosque, ató su caballo a una vieja encina, colocó el saco de provisiones bajo la cabeza y cerró los ojos para reposar. Le parecía que el bosque cantaba y hablaba; pero todo era una ilusión. Y como se escuchaban suspiros y cantos lejanos en el seno de aquellas profundidades, el emperador se iba durmiendo, durmiendo...

Cuando me despertaba, la abuela había terminado su huso. Pero ¿y el cuento?

Con la cabeza en el regazo de la abuela, no pude escuchar jamás ninguno de sus cuentos completos, porque ella tenía un regazo encantado y una voz y un huso que me sorprendían sin darme cuenta. Y yo me iba durmiendo deliciosamente bajo su mirada y su sonrisa.

(Versión de Federico Muelas.)







# La Casa de CAMPO

## PREGON DE PRIMAVERA

**E**N estas mañanas luminosas, perfumadas y frescas, las calles madrileñas, engalanadas con sus mejores vestidos de sol, se llenan con el pregón alegre de todas las primaveras, magnífico anticipo gozoso de esa gran fiesta incomparable de la Naturaleza que alcanza en esta época sus días más bellos y mejores.

«De la Casa Campo, lilas!»

¡Lilas en la Casa de Campo!

Sobre la tierra removida de las trincheras, ya cubiertas por los montículos, en los que a pecho descubierto escribieron nuestros combatientes de cara a Madrid sus brillantes páginas de heroísmo, sus hazañas encendidas de calor patriótico, el milagro se ha hecho.

Se ha hecho el milagro, y repleta de esperanzas, cargada de promesas, vuelve a reír la primavera.

Regadas con española sangre generosa de soldados y de mártires, florecen ahora las mejores lilas, más hermosas que nunca, como un bello símbolo fragante y florido de la paz victoriosa ganada arduamente en la guerra. Son también como una tierna ofrenda anualmente renovada a todos aquellos que

cayeron, indefensos y maltratados, bajo el plomo de los asesinos, junto a las tapias trágicas, llenas de impactos. Y también son flores del recuerdo para todos aquellos que dejaron su vida en las líneas nacionales.

Sobre todos los caídos por Dios y por España, sobre los millares de muertos que formaron el osario inmenso en estos parajes cruzados por caminos santificados con las vidas inmoladas, lilas de la Casa de Campo.

En las noches de horror se quebraba en los labios la última oración, entre ruido de motores y sobresalto de disparos, y los pálidos amaneceres de espanto ponían su luz tímida y pálida sobre los fríos cuerpos sin vida...

No había entonces lilas, sino malas hierbas rencorosas y crueles. Toda una larga serie de gratos recuerdos, toda una ingenua colección de estampas infantiles y de escenas de estudiantes, de horas risueñas y amables pasadas bajo la sombra ancha de las encinas o junto a las aguas verdes del lago, se marchitaba de un modo dramático. Las lilas, tronchadas por los morteros, los troncos y las ramas de sus árboles tiernos, no llegaban en las primaveras bélicas hasta las calles del Madrid agrio, porque no fueron hechas para ser maltratadas por sucias manos, ni para que aspiraran su perfume las aplastadas narices mongólicas.

El césped ha puesto nuevamente, en estos días esplendorosos, su alfombra húmeda sobre la tierra empapada en sangre de privilegio. Juegan los niños en las alamedas, las aguas se llenan de cielo y dos enamorados refugian su idilio en un banco solitario.

Y por aquí y por allá, las lilas de la Casa de Campo ponen un adorno generoso y jubiloso en el paisaje, antes de ir a parar a las cestas de las vendedoras que todas estas mañanas nos despiertan con su pregón alborozado:

«De la Casa Campo, lilas!»

ALBERTO ARENAS





Héctor, a su esposa Andrómaca  
que le incita a rehuir el combate

*Respondió el héroe a su afligida esposa:  
«Nada de cuanto dices se me oculta;  
pero temo también lo que dirían  
contra mí los troyanos y troyanas  
si cual cobarde de la lid huyera.  
Ni lo permite mi valor, que siempre  
intrépido ha sabido presentarse  
en la liza y al frente de Teucros  
pelear animoso por la gloria  
de mi padre y la mía. Bien conozco,  
y el corazón y el alma lo presienten,  
que ha de llegar el día en que asolado  
será el fuerte Ilión, y en que perezcan  
Príamo y su nación tan poderosa.  
Pero no tanto la común ruina  
que a los demás troyanos amenaza,  
ni de Hécuba la suerte y de mi padre  
el rey Príamo siento, y mis hermanos  
que muchos y valientes por la diestra  
de nuestros enemigos en el polvo  
derribados serán, como la tuya;  
que alguno de los príncipes aqueos,  
dejándote la vida, por esclava*

*a Argos te llevará bañada en lloro.  
Y allí, de una extranjera desdenosa  
obediente a la voz, a pesar tuyo  
y a la necesidad cediendo dura,  
la tela tejerás e irás por agua  
a la fuente Meseida o Hiperea.  
Y cuando vayas, los Argivos todos  
que te vean pasar triste y llorosa  
el uno al otro se dirán alegres:  
Esta es la viuda de Héctor, el famoso  
campeón, que de todos los troyanos  
era el más fuerte cuando en torno al muro  
de Ilión con los griegos peleaban.  
Así alguno dirá y al escucharla  
nuevo dolor afligirá tu pecho;  
y mucho entonces sentirás la falta  
de tu Héctor, el solo que podría  
de esclavitud sacarte si viniese.  
La amontonada tierra mi cadáver  
antes oculte que llevarte vea  
por esclava y escuche tus gemidos.»*

HOMERO  
«La Ilíada»

# Decoración

## ARREGLEMOS NUESTRAS CASAS

Es una idea equivocada la de creer que los cuartos de dormir de los muchachos, de los estudiantes, no merecen la pena de ocuparse demasiado de ellos. Está muy generalizada la costumbre de que a estos desgraciados cuartos vayan a parar todos los muebles más feos y viejos de la casa. ¡Son tan poco cuidadosos, tan barbarotes, tan desordenados!, dicen las mamás.

Esto, a nuestro modesto entender, es un grandísimo disparate. Somos nosotras las que tenemos la obligación de educar a nuestros hijos para que, sin ser barbarotes, aprendan a ser ordenados, a cuidar de los muebles y de cuanto les rodea; pero ¿cómo podremos conseguirlo, si nosotras mismas, de propio intento, los colocamos entre muebles espantosos, viejos, antiestéticos, como dando ya por hecho que pueden tratarlos a patadas? ¿Cómo podremos pretender luego que no hagan lo mismo con el resto de la casa?

No, de ninguna manera. Debemos, por el contrario, rodear a nuestros pequeños, desde su infancia, de muebles alegres, ligeros, útiles; hacer que poco a poco se vayan dando cuenta de que se los debe cuidar, porque son bonitos y graciosos, y para que sigan siéndolo.

En las habitaciones de los muchachos no debe faltar nunca la mesa donde puedan colocar sus libros, estudiar, escribir con comodidad, con agrado. Es mucho más fácil de esta manera estimular en ellos la aplicación y el deseo de aprender, que si los tenemos sentados sobre la cama con el libro entre las rodillas, con una mala luz, incómodos, molestos; factores estos importantísimos, para que en la primera ocasión y con el menor pretexto suelten el libro y se pongan a jugar alborotadamente por la casa.

Debemos enseñarles que es incomparablemente más cómodo el orden que el desorden; que no olviden nunca lo de «un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio».

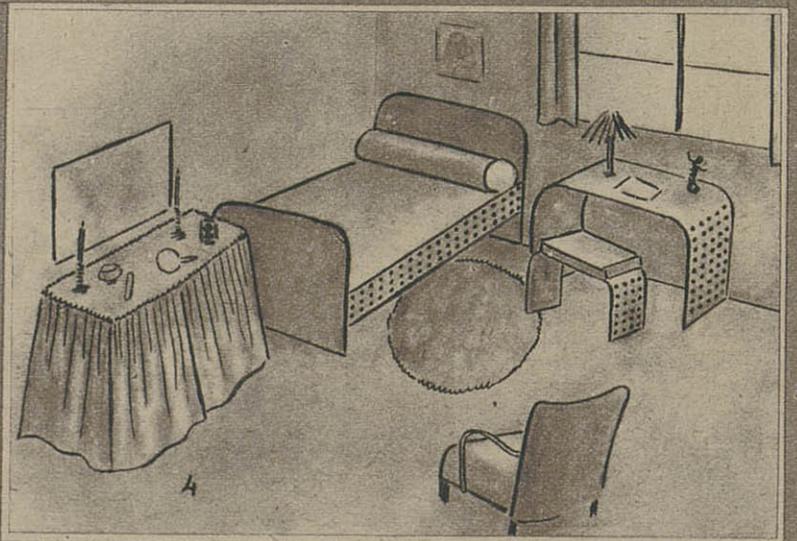
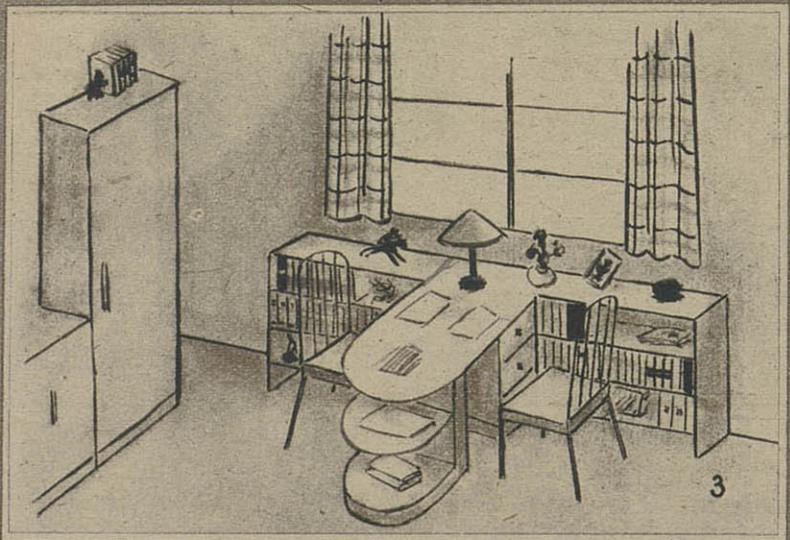
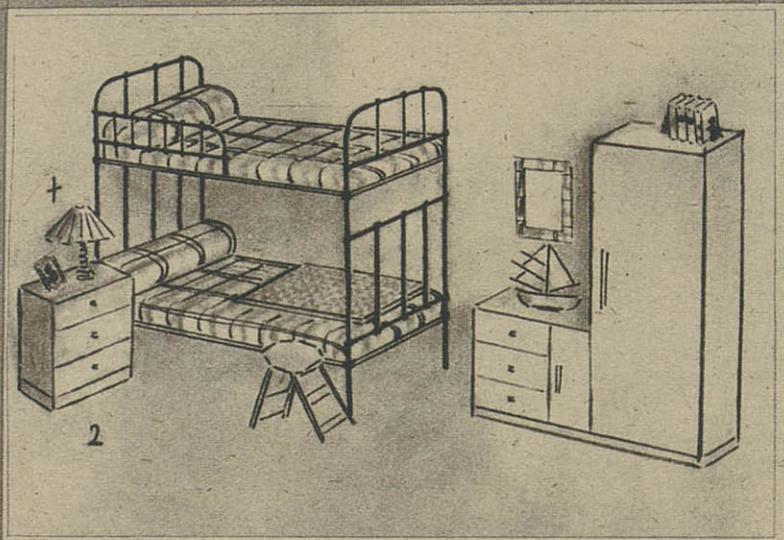
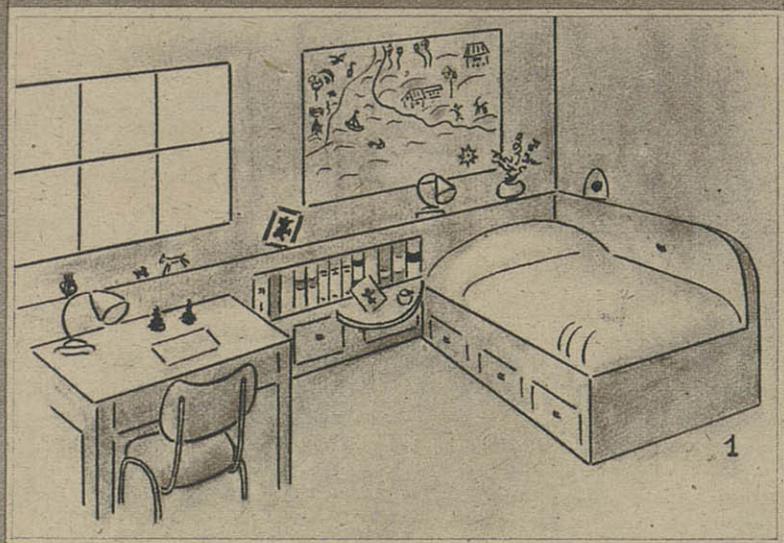
Arreglar el cuarto de los chicos de una manera graciosa y apropiada es cosa fácil, y no hace falta para ello más que buen deseo y un poquito, muy poquito dinero.

Aquí tenéis unos dibujos que pueden muy bien servir para el caso. En el número 1 vemos un bonito y cómodo cuarto de dormir para muchacho. Observad cómo el deseo de aprovechar espacio ha ingeniado unos graciosos cajones en la misma cama y en la repisa de madera que la encuadra, en la que va también empotrada una pequeña librería. Una mesa de trabajo completa el mobiliario, que, dentro de una gran simplicidad, no carece, sin embargo, de confort y elegancia.

En los números 2 y 3 tenemos un dormitorio con cama doble; detalle muy práctico en habitaciones pequeñas, porque ahorra sitio, no siempre muy abundante en las casas modernas. Una mesita de noche, un pequeño armario, una mesa escritorio perfectamente combinada para que cada uno de los habitantes del cuarto disponga en ella de su sitio independiente, evitando así discusiones, y una estantería para libros. Y todo tan sencillo, que un carpenterito sin pretensiones puede hacerlo sin dificultad ninguna. Si la madera se deja en su color natural y éste es claro, las cortinas y las colchas pueden ser en percal escocés, en tonos rojos o verdes, y si se prefiere pintar los muebles de oscuro, la tela debe ser en tonos amarillos, que darán mayor alegría al conjunto.

Por último, el número 4 nos muestra un coqueto y gracioso dormitorio de jovencita. Los muebles están pintados en gris claro con lunares azul marino, y las faldas del tocador, las cortinas y la colcha pueden ser de una tela lisa rosa o azul pálido.

M. E. C.



# ine

## CUANDO LOS ACTORES LO SON ACCIDENTALES

De todos los trabajos que realizan los directores de cine, el que ha despertado en nosotros mayor curiosidad, por parecernos de más difícil realización, ha sido aquel en que ha de mover grandes masas populares — que no pertenecen al gremio de los «extras» — e incluso hacerlos hablar para la cámara.

Por eso, al enterarnos de que se iba a rodar *Boda en Castilla*, película documental en la que sabíamos la ausencia total de actores profesionales, hemos querido satisfacer esta curiosidad, al mismo tiempo que dárselo a conocer a nuestras lectoras.

Manuel Augusto García Viñolas, director de *Boda en Castilla*, es quien nos documenta en este sentido, permitiéndonos ver el rodaje del film y su estúpida labor personal hasta conseguir la buena cinta que ha resultado. Nos parecía imposible que de aquella masa abigarrada se pudiera lograr una actitud filmica con la belleza estética que hoy podemos admirar en la pantalla.

Vimos a Manuel Augusto destrenzar aquel lío con facilidad de general en la campaña; separando grupos, dando órdenes de marcha, de parada, moviendo a veces todo un baile, con su ritmo y sus vueltas, después de haber elegido los emplazamientos de la cámara, para que la plasticidad de aquél no perdiera nada en su traslado al celuloide. Y le admiramos más aun cuando le vimos explicar directamente a estos actores accidentales su cometido, sus movimientos, el modo de mirar y no mirar a la cámara, usando, para hacerse entender bien, de mil recursos, de imágenes llanas o del simple diálogo que lleve la confianza a estos improvisados actores. Estriba precisamente en esta confianza la naturalidad de sus gestos y actitudes para que la cámara pueda recogerlos fielmente.

Pero el momento más difícil del director ante estos actores es aquel en el cual ha de buscarse un matiz que, si al artista hay que explicárselo bien hasta que lo capta, a éstos es necesario hacerles por completo la postura y el gesto. García Viñolas se afana dos, tres, las veces que hagan falta, hasta que lo vemos apartarse de la improvisada «estrella» con aire de triunfo. La actitud está lograda.

Manuel Augusto, al acabar los últimos metros, dice un «¡al fin!» que le ha salido del alma, pero sonríe satisfecho. El resultado del esfuerzo es una buena película.

JESUS LEIRA



*¿Por qué no?*

Usted también puede tener un rostro impecable, sin manchas, pecas ni huellas de granos y viruelas. Basta para ello que use

**VISNÚ**



★ EN TONOS: BLANCO, RACHEL, ROSADO, MORENO, BRONCEADO, OCRE Y NATURAL ★



**LAS MANOS**

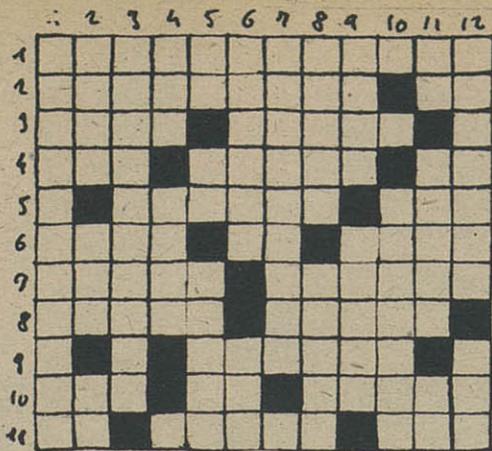
son el más expresivo ornato de una deliciosa feminidad ... y el mayor realce de unas manos bellas está en lucir uñas perfectamente esmaladas con el insuperable producto, de calidad y adherencia inalterables



ESMALTE

**DUREX**

Perfumes Spá C.º Ltd. MATARÓ-ESPAÑA



### CRUCIGRAMA NUMERO 6

**HORIZONTALES:** 1. Han recibido cierta recompensa pecuniaria.—2. Poeta trágico griego. Preposición.—3. Versifica. Mató al Minotauro.—4. Compañía ferroviaria. Hierba buena. Preposición inseparable.—5. Mujer con cierto defecto físico. Punto cardinal.—6. Barcos. Verbal. Promete solemnemente.—7. Ave palmípeda. Los tienen los ríos.—8. Cama individual. Se empleaba para pegar sobres.—9. Matrimonialis.—10. Escultor español del siglo pasado. Pronombre personal. Madera.—11. Conjunción copulativa. Limpio y libre de cosas superfluas. Existir.

**VERTICALES:** 1. Acción de brotar las plantas.—2. Apellido corriente. Nombre femenino. Nota.—3. Muebles toscos y embarazosos.—4. Parienta. Gastar.—5. Al revés, letra griega. Forma de pronombre. Sin curvas.—6. Municipio de Navarra. Adverbio de tiempo.—7. Iguales.—8. Para llevar ropas, frutas, etc. Tablero contador.—9. Limpia. Nombre femenino.—10. Acaecimientos.—11. Pronombre. De oro. Letra.—12. Oscuridades. Dos.

### SOLUCION AL CRUCIGRAMA NUMERO 5

**HORIZONTALES:** 1. Carburante.—2. Aliado. Oís.—3. Tristeza.—4. Ramón.—5. Ojera.—6. Casa. Afila.—7. He. Amiga.—8. Odón.—9. Sole. Moaré.—10. Asearé. Les.

**VERTICALES:** 1. Caprichosa.—2. Al. Aedos.—3. Ritmos. Ole.—4. Baroja. Nea.—5. Udine.—6. Ros. Ram. Me.—7. Tráfico.—8. Noé. Igual.—9. Tiza. Labre.—10. Esa. Ya. Aes.



### MERLUZA COSTERA

Un kilo de merluza, un bote de guisantes, un bote de puntas de espárragos, 1/4 kilo de almejas, cuatro cucharadas de vino blanco, dos decilitros de aceite, dos cucharadas de harina, una cebolla, un ajo y un ramo de perejil.

#### MODO DE HACERLO

Se prepara en filetes, si es abierta, o rodajas la merluza, según la clase que sea; se rehoga en harina y se fríe. En fuente de horno se coloca, añadiendo encima los espárragos y guisantes.

En un poco de agua se cuecen las almejas, y, sacadas de la cáscara, se colocan encima. En el aceite de haber frito la merluza se fríe la cebolla, muy bien picada, a lumbre suave, para que no tome mucho color. Se añade una cucharada de harina, el ajo y perejil machacado, sal, las cucharadas de vino y dos cacillos de agua, incluyendo en ésta la de cocer las almejas.

Se deja cocer durante diez minutos, se pasa por el chino encima de la merluza y se mete ésta al horno durante otros diez minutos.

# Consultorio

**TERESA L. P.**—Yo creo que para que las maletas de cuero duren mucho y estén siempre bien cuidadas y bonitas, es necesario, antes de guardarlas, quitarles perfectamente el polvo y dejarlas unas horas al aire libre. Darles luego una capita de betún y frotar con una bayeta para que brillen. A las de piel de cerdo se les unta ligeramente con grasa fresca sin sal y se frotran con un paño bien seco.

**UNA HACENDOSA.**—Comprendo perfectamente que tu poca experiencia de *planchadora* te haga a veces llevarte malos ratos. Pero no te preocupes demasiado por tan poca cosa; ya sabes que en la vida casi todo tiene remedio. Cuando vuelva a ocurrirte ese terrible percance de que se te ponga la ropa enrojecida por la plancha, mojas en seguida con agua fría las manchas, las espolvoreas con sal y las pones al sol. Verás cómo desaparece hasta la más pequeña señal y te tranquilizas en el acto.

**DOÑA DETALLITOS.**—Tienes mucha razón. No hablan muy en favor de las amas de casa esos ceniceros llenos de colillas o con aspecto de no muy limpios. Para quitar esas manchas amarillentas del tabaco sobre la porcelana, debes frotarlas con un corcho untado previamente en sal húmeda.

**AMANTE DE LA LIMPIEZA.**—Puedes sin ningún inconveniente utilizar la lejía para limpiar las cacerolas y los pucheros esmaltados, siempre que tengas la precaución de aclararlos después perfectamente con agua fría.

**M. S. O.**—Para que un barrilito de vino o cualquier otro líquido te quede completamente limpio, debes empezar por desclararle el fondo y frotar el interior con un cepillo de raíces, que mojas en agua, a la que habrás añadido una buena cantidad de carbonato de sosa. Lo aclaras repetidas veces con agua corriente, le vuelves a clavar el fondo, y ya tienes tu barrilito dispuesto para guardar en él lo que necesites.

¿A QUE NO?

—Sí, señora, sí; en esta Sección sabemos de todo, aunque usted no lo crea. Y vamos a demostrárselo dándole un pequeño remedio para ese *contra-tiempo* que me dice, y que le ahorrará a usted su poquito de malhumor y... de dinero. Cuando vaya a limpiar unos zapatos y se encuentre que por descuido de los que la usaron antes, dejando sin cerrar la cajita, la crema se pone dura y casi inservible, no se enfade usted; con unas gotitas de leche diluya la pasta endurecida, y volverá usted en seguida a poder limpiar sus zapatos maravillosamente. Pruébelo y se convencerá. ¿Ve usted cómo sí?

**AMA DE CASA.**—Lo mejor para limpiar los cepillos y quitarles la grasa que puedan tener, es colocar entre sus púas un poco de salvado y frotar suavemente uno contra otro.

**PLUMERITO.**—Estoy completamente de acuerdo; los cacharros de cobre son muy bonitos, pero siempre que estén exageradamente limpios y relucientes, y esto da muchísimo trabajo. Para su limpieza, es de muy buen resultado el blanco de España mezclado con vinagre, un poco de agua y un poco de carbonato de sosa. Se moja un trapo en esta pasta y se frota el objeto que se quiere limpiar hasta que esté bien claro; luego se pasa otro trapo seco, y, por último, una gamuza para acabar de sacar el brillo.

No me cabe duda que tu cocina será la envidia de todas las amigas.

### MARI SABIDILLA



### JUDIAS AL CASERIO

500 gramos de judías blancas, dos decilitros de aceite, una cebolla grande, dos dientes de ajo, 100 gramos de jamón fresco, tres o cuatro pimientos morrones, dos dientes de ajo, una cucharada de harina, sal y pimienta.

#### MODO DE HACERLO

Se ponen a cocer las judías en un puchero, cubiertas de agua fría. Al romper el hervor se separan de la lumbre, quitándoles el agua y añadiendo más agua fría y poniéndolas a cocer nuevamente. Se fríe la cebolla cortada muy menudita, los dientes de ajo también picaditos, y cuando esté dorada, se añaden los pimientos, cortados en tiras, y el jamón, en cuadraditos. Se rehogan añadiendo la cucharada de harina. Se deja dorar ésta un poco y en seguida se aclara con un cucharón de agua de las judías.

Cuando éstas están tiernas, se añade el refrito, sazonándolo de sal y pimienta, y se deja terminar la cocción muy suavemente.



—Su habilidad para disfrazarse hace de usted uno de nuestros más valiosos agentes, Pedro.



*El dibujo es un placer...  
i y una carrera de porvenir!*

Ser artista, reproducir—bajo miradas admirativas—las escenas familiares, las actitudes fugaces de sus amistades, es gozar doblemente de la vida y ponerse en condiciones de ganar fama y dinero en cualquiera de los caminos abiertos a quien sabe dibujar: **publicidad, modas, decoración, retrato, caricatura, dibujo lineal, etc.**

Si quiere aprender a dibujar sin moverse de su casa, sin dejar sus ocupaciones, solicite el folleto «M», y comprobará personalmente cómo puede pasar de los tímidos ensayos del principiante a la provechosa seguridad del artista, gracias a un método por correspondencia avalado por el mejor profesorado de España.

**Academia A. B. C. de Dibujo**  
MADRID. PLAZA DEL CALLAO, 1

(Dada la escasez de papel, se ruegan pesetas 3, en sellos, para evitar los abusos de antes del Movimiento.)

**BELLEZA** del CUTIS



**PECAS  
MANCHAS  
ESPINILLAS**

DESAPARECEN CON  
**CREMA  
CAFFARENA**

PRODUCTO ESPAÑOL PREPARADO *por*  
**el Dr. CAFFARENA**

**VENTA AL PUBLICO:**  
TUBO PEQUEÑO PTAS. 3.00  
(TIMBRE INCLUIDO)  
TUBO GRANDE PTAS. 5.00  
(TIMBRE INCLUIDO)

SEÑORA

ASEGURE SU  
JUVENTUD—  
CON EL USO  
CONSTANTE DE



CREMAS DE BELLEZA  
**LUIGI**

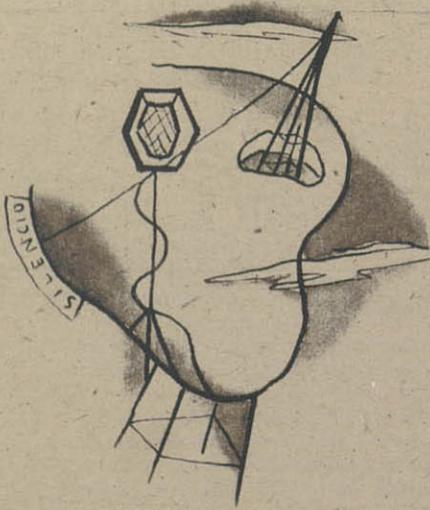
DIA IMPERIA • NOCHE LIMPIADORA

BELLEZA ES SIMBOLO  
de SALUD

**MUJER:**

Escucha la emisión  
que por Radio Nacional  
da especialmente para  
ti la Sección Femenina.

TODOS LOS  
MARTES, DE  
7,45 A 8 DE  
LA NOCHE



**“MEDINA”**

Semanario Nacional de la  
S. F., sale todos los jueves

**“Y”**

Revista para la mujer,  
aparece todos los meses

**MUJER:**

**Tu semanario, “MEDINA”  
y tu revista mensual, “Y”**

(CONTINUACIÓN)

Antonieta alargó la mano. El muchacho rió un poco; se calló; después pareció pensar, y al fin propuso:

—Yo les acompañaré; ¿no es eso?

Los tres bajaban silenciosamente la callejuela vacía y negra. El viento soplabla en la cara de Antonieta un aire fresco, húmedo por la lluvia, como si estuviera empañado de lágrimas. Retardó el paso; miró a los novios, que marchaban delante de ella muy juntos. ¡Qué de prisa andaban!... Se paró. Ni siquiera volvieron la cabeza...

«Aunque me atropellase un coche, no se darían cuenta...», pensó con una rara amargura. Un hombre que pasó le dió un tropezón; ella hizo un movimiento de miedo hacia atrás. Era solamente el farolero. Vió cómo tocaba uno a uno los faroles con su larga caña y cómo se encendían, alumbrando bruscamente la noche, todas estas luces que parpadeaban y vacilaban como velas al viento... De repente tuvo miedo... y se adelantó corriendo con todas sus fuerzas.

Alcanzó a los enamorados delante del puente Alejandro III. Hablaban muy de prisa y muy bajo.

Cuando vieron a Antonieta, el muchacho hizo un gesto de impaciencia. Miss Betty se turbó un instante, y después, con una súbita inspiración, abrió su bolso y sacó el paquete de sobres.

—Tome, querida; son las invitaciones de su mamá que no he echado aun al correo...; vaya de prisa hasta ese estanco, allá, en esa callejuela, a la izquierda... ¿Ve usted la luz? Echelas al buzón; mientras tanto, la esperamos aquí...

Bruscamente, miss Betty puso el paquete en la mano de Antonieta, y después se alejó precipitadamente. En la mitad del puente, Antonieta la vió pararse de nuevo con la cabeza baja; estaba esperando al muchacho. Cuando él hubo vuelto, se quedaron apoyados en la barandilla.

Antonieta no se había movido. A causa de la oscuridad, no veía más que dos sombras confusas, y alrededor de ella, el Sena negro y lleno de reflejos; tan oscuro todo, que cuando se despidieron, más bien lo adivinó... A causa del movimiento que hizo con las manos producido por la sorpresa, un sobre se escapó de entre sus dedos y cayó a tierra. Tuvo miedo, lo recogió con prisa, y en el mismo instante tuvo vergüenza de este miedo: ¡Qué! ¿Es que siempre tendría que temblar como una niña pequeña? No era digna de ser mujer... Una especie de vértigo se adueñó de ella, una necesidad salvaje de hacer mal, de provocarlo. Con los dientes apretados arrugó entre sus manos todos los sobres, los rompió y los tiró todos juntos al Sena.

Durante un largo rato, con el corazón dilatado, los miró cómo flotaban retenidos contra el arco del puente..., y después el viento acabó de llevarse los flotando sobre el agua...

V

Antonieta volvía de paseo con miss. Eran cerca de las seis. Como nadie contestase a la llamada del timbre, miss Betty golpeó la puerta. Detrás, ellas oyeron el ruido de arrastrar muebles.

—Deben de estar arreglando el guardarropa—dijo la inglesa—; el baile es esta noche; siempre me olvido de él. ¿Y usted, querida?

Miss sonrió a Antonieta con un aire de complicidad y ternura. Sin embargo, ella no había vuelto a ver a su novio delante de la niña. Pero desde aquella entrevista, Antonieta estaba de tal manera taciturna, que inquietaba a miss con su silencio y sus miradas...

El criado abrió la puerta.

De pronto, la señora Kampf, que desde el comedor, que era la pieza contigua, vigilaba al electricista, salió rápidamente al encuentro de ellas.

—¿No podían haber pasado por la puerta de servicio? ¿No?—gritó con tono áspero—. ¿Es que no ven ustedes que están

# El Baile

Por Irene Nemirovsky

arreglando el guardarropa en el «hall»? Tendremos que volver a empezar; nunca se acabará esto—continuó, cogiendo una mesa para ayudar al portero y a Jorge, que arreglaban la habitación.

En el comedor y en la gran galería que seguía, seis camareros, con chaquetillas blancas, disponían las mesas para la cena fría. En el centro, el «buffet» estaba arreglado, cubierto de flores maravillosas.

Antonieta quiso entrar en su dormitorio; la señora Kampf gritó nuevamente:

—Por ahí no, no vayas por ahí. El bar está instalado en tu habitación, y la habitación de usted, miss, está también ocupada. Usted dormirá en el cuarto ropero por esta noche, y tú, Antonieta, en el cuarto de los trastos... Como está al final de la casa, podrás dormir sin que nada te moleste; no oírás ni siquiera la música... ¿Qué está usted haciendo? —dijo al electricista, que trabajaba sin darse mucha prisa y canturreando—. Creo que se habrá dado cuenta de que esa bombilla no alumbrá...

—Hay que dar tiempo al tiempo, señorita... —respondió en tono de burla.

Rosina se encogió de hombros, irritada.

—«... tiempo al tiempo, hace una hora que está usted detrás de eso...», murmuró a media voz.

La señora Kampf se retorció tan violentamente las manos cuando hablaba, con un gesto tan idéntico al de Antonieta cuando estaba de mal humor, que la pequeña, inmóvil en la puerta, tembló bruscamente, como cuando de improviso se encuentra uno delante de un espejo.

La señora Kampf estaba vestida con una bata; los pies, desnudos, calzando chinelas; sus cabellos, en desorden, se retorcían como serpientes alrededor de su cara congestionada; vió al florista que, con los brazos llenos de rosas, hacía lo imposible para pasar delante de Antonieta, que estaba apoyada en la pared.

—Perdón, señorita.

—Vamos, quitate de ahí —gritó la señora Kampf con tanta brusquedad, que Antonieta, al echarse atrás, dió con el codo al hombre y deshojó una rosa:

—Eres insoportable —continuó con una voz tan fuerte, que la cristalería que había sobre la mesa sonó—. ¿Qué haces aquí metida siempre entre las piernas de la gente, molestando a todo el mundo? Máchate a tu habitación, es decir, a tu habitación no, al cuarto ropero, o donde tú quieras; pero que no se te vea ni se te oiga más.



Antonieta desapareció. La señora Kampf cruzó con prisa el comedor, el «office», abarrotado de cubos para helar el «champagne», llenos de hielo, y llegó al despacho de su marido. Kampf telefoneaba. Apenas hubo colgado el receptor, exclamó ella:

—¿Pero qué haces, todavía no te has afeitado?

—¡A las seis! ¿Pero estás loca?

—Primeramente que son las seis y media; además, pueden aun surgir cosas que hacer en el último momento; más vale que estés listo.

—Tú estás loca—repitió Kampf con impaciencia—; los criados están aquí para los recados...

—Me haces gracia cuando te sientes aristócrata y quieres parecer un gran señor —dijo ella encogiéndose de hombros: «Los criados están ahí...» Vamos, guarda tus maneras para los invitados...

Kampf gruñó:

—No empieces a ponerte nerviosa. ¿Eh?

—Pero cómo quieres —gritó Rosina con lágrimas en los ojos—, cómo quieres que no me ponga nerviosa; no se hace nada; estas bestias de criados nunca estarán listos. Es preciso que esté en todas partes, que yo vigile todo, y con ésta son ya tres noches que no duermo; estoy agotada, siento que me vuelvo loca...

Cogió un pequeño cenicero de plata y lo tiró al suelo; este hecho pareció calmarla. Se sonrió con un poco de vergüenza:

—No es culpa mía, Alfredo...

Kampf sacudió la cabeza sin contestar y, como Rosina se fuera, él la llamó:

—Mira, escucha, quisiera preguntarte... ¿Todavía no has recibido ninguna contestación de tus invitados?

—No. ¿Por qué?

—No sé; me parece raro... Parece que es una casualidad, pero desde que quiero preguntar a Bartkelemy si ha recibido su tarjeta, no lo encuentro; hace una semana que no le veo por la Bolsa... ¿Y si le telefoneara? —Ahora? Sería una tontería.

—Sin embargo, es raro —dijo Kampf.

Su mujer le interrumpió: Será que no hay la costumbre de contestar. No hay más; o vienen o no vienen... Sabes lo que te digo, que eso hasta me gusta... Eso quiere decir que nadie ha pensado en rechazar nuestra invitación... Se hubieran excusado al menos. ¿No lo crees?

Como su marido no respondiese nada, preguntó con impaciencia:

—¿No es verdad, Alfredo? ¿No tengo razón? ¿Eh? ¿Qué dices, tú?

Kampf abrió los brazos.

—No sé nada... ¿Qué quieres que te diga? Yo no sé más que lo que tú sabes.

Se miraron un momento en silencio. Rosina suspiró, bajando la cabeza:

—¡Ay, Dios mío! Está uno como perdido. ¿No es eso?

—Ya se te pasará —dijo Kampf.

—Ya lo sé, pero mientras tanto... ¡Oh! Si tú supieras qué miedo tengo; quisiera que todo hubiera pasado ya...

—No te pongas nerviosa —repitió dulcemente Kampf.

El mismo daba vueltas distraídamente a su abrecartas y empezó a decir:

—Sobre todo, habla lo menos posible... Frases hechas... «Encantada de ver a usted... Tome usted algo... Hace calor... Hace frío...»

—Lo que será terrible—dijo Rosina con tono preocupado—serán las presentaciones... Figúrate, todas esas gentes que no he visto más que una vez en mi vida; apenas si conozco las caras... Y que además, entre ellos, tampoco se conocen ni tienen nada de común...

—Pues... tú... haces que dices algo y no digas nada... Después de todo, todo el mundo está en el mismo caso que nosotros y todo el mundo ha tenido que empezar algún día.

—¿Te acuerdas—preguntó bruscamente Rosina—nuestro pisito de la calle Favart? ¿Y cuánto vacilamos antes de sustituir el viejo sofá del comedor que estaba agujereado? Hace cuatro años de esto y mira... —añadió ella acariciando los aparatosos muebles con adornos de bronce que les rodeaban.

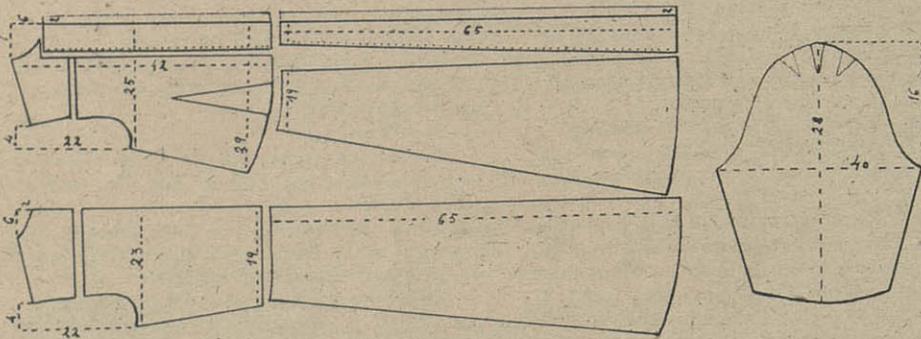
(Continuará)

# Labores

Hoy traemos a nuestra página de labores un elegante modelo de vestido, que creemos será del agrado de nuestras lectoras. Lleva dos clases de punto: el canesú, mangas y bolsillos de elástico y el resto de punto liso; también puede hacerse esta parte de algún punto de fantasía, siempre que no resulte calado.

Para hacerlo, trazar primero los patrones en la forma que indica el grabado, teniendo en cuenta vuestras medidas que no debéis tomar ajustadas (las del patrón son para tipo corriente). Trazad en el patrón el dibujo de los cortes. Seccionad por ellos y ya podéis empezar la confección del punto. En las líneas de separación o cortes, que indicamos con puntitos, tenéis que hacer un centímetro más de punto de lo que indica el patrón, con objeto de poder doblar para pasar el pespunte.

De esta forma y con gusto en la elección del color y demás detalles podéis vosotras mismas confeccionaros uno de estos lindos vestiditos de punto, que tan bonitos y elegantes resultan.



## DE UN EPISTOLARIO CONYUGAL

MARIDITO:

Hay momentos en que aun a los más sensatos y serieticos, sin saber por qué, les entran unas ganas irresistibles de pensar tonterías y de decir-las. Seguramente se debe el fenómeno a algo que tiene gran relación con el vulgarísimo refrán de Todos los días gallina, amarga la cocina. Vas a tener que perdonarme; pero este pozo de sentido común y de sensatez que es tu mujer (me lo dices tantas veces, que he llegado a creérmelo) está hoy en un momento de esos. No te asustes, no estoy convencida de que mañana volveré a mi acostumbrada ecuanimidad; pero hoy... hoy no sé bien si soy gallina, si soy amarga o si soy cocina; ¿te pasaba a ti lo mismo cuando escribiste tu carta? Las señas son mortales. Porque me haces en ella unas tan importantísimas revelaciones, planteas unos problemas tan profundos y trascendentales, que, francamente, mi perplejidad no tiene límites. Y comprenderás que la cosa no es para menos. Creerse casada con un hombre serietico y formal, y de la noche a la mañana encontrárselo muy preocupado porque puedan conocerle en la cara sus aficiones de compadrito. ¡Qué espanto si llegaran a saberlo Wágner, Beethoven, Chopin, etc.! ¿Y si Greta Garbo, enterada del concepto que te merece, renunciara a su carrera artística? ¿Y si las rosas de té descubrieran tu secreto y languidecieran de pena?

Comprendo, comprendo tu pavor: la cosa es grave. Porque sería tan terrible la furia de los entusiastas de la famosa estrella, entre los que me cuento, y la de los enamorados de las rosas de té, entre los que también tengo el honor de encontrarme, que por lo menos, y en justa reciprocidad, tendríamos que llamarte a voz en grito ¡cursi!, ¡¡cursi!!!, ¡¡¡cursi!!!!; y esto, tú no lo podrías soportar, es demasiado para ti..., sería tu muerte fulminante. Y como, naturalmente, tampoco lo puedo consentir yo (te quiero demasiado); y ya que Chéster-ton y tú opináis que nuestra misión es traernos por los pies a la realidad, yo debo traerte esta vez, no de los pies, sino de una oreja, al buen sentido. Por lo tanto, si no reconoces que Greta Garbo es una maravilla, que los tangos son cursilísimos, no porque esté de moda el decirlo, sino porque lo son, y que las rosas de té resultan deliciosas y exquisitas estén o no rodeadas de cacharros ridículos, tendré que aplicarte una enérgica medicina que te inmunice contra el daño que pueda causarte la opinión ajena, gravísima enfermedad que te acecha. A grandes males, grandes remedios. Aquí está la pócima: Me acompañarás de compras; iremos los dos en sendas bicicletas: tú, con los pantalones sujetos a los tobillos con dos pinzas de metal y una mochila a la espalda, y yo, con un sombrero tirolés. Nos pasearemos por todo Madrid, y cuando veas que pasado el primer minuto de extrañeza nadie nos hace caso; cuando hayamos sido lo suficiente valientes para arrostrar las carcajadas de los amigos (que al dejar de reír, quizá nos encuentren muy prácticos y nos imiten), entonces estaremos perfectamente vacunados y nos sentiremos independientes y libres, capaces de compararnos con los señores que en Berlín pasean a los niños, con los enamorados de Londres que van cogidos de la mano y con los caballeros que con barba y en mangas de camisa juegan al croquet en París.

Estoy segura del éxito de mi sistema curativo, y puesto que tú mismo reconoces que el ridículo es un concepto puramente circunstancial, conservo la esperanza de que dentro de algunos años, cuando luzcas una reverente calva y la curva de la felicidad esté en ti más acentuada, y cuando yo, ¡pobre de mí!, sea una camillita más o menos voluminosa, al volver a leer tus cartas, ésta de hoy me produzca un efecto distinto al que me ha producido esta mañana y me haga llorar... de risa.

Porque, eso sí, yo estoy dispuesta a guardar estas cartas, y creo, naturalmente, que tú debes hacer lo mismo con las mías. ¡Cómo podríamos consentir que se malograsen tan brillantísimas páginas literarias! Y si alguien las viese, si las leyese otros que no fuésemos nosotros, ¡qué nos importan sus comentarios! El efecto que les produzcan será exclusivamente reflejo de su propio estado de ánimo. Ya ves: las mismas cartas de tu novia de los dieciséis años fueron para ti completamente distintas, según los momentos en que las leíste, y precisamente cuando más lejos estaba de ti, más dulces, melancólicas y románticas te parecieron. Esperemos que las nuestras tengan la suerte de no encontrar más que lectores propicios. No sé en qué flores se convertirán las mías; pero me doy por contenta si no se te ocurre nunca comparar a ninguna de ellas con una... adormidera.



TU MUJER